

Madrid... Mas. 6rs. Aho. 70. Trim. 24. Provincias... Sam. 48. Aho. 90. Portugal... Trim. 14. Aho. 130. Extranjero y Trim. 60. Ultramar... Aho. 220.

VENTA.

España... 25 números 4 reales. Portugal... Idem... 6.

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO POLITICO, CIENTIFICO Y LITERARIO.

En las oficinas de EL GLOBO, Colegiata, núm. 6, principal, y en todas las librerías.

ANUNCIOS.

Expósitos.—Precios convencionales. Extranjeros.—Dos reales línea. Remesas.—Precios convencionales.

Toda la correspondencia se dirigirá al administrador de EL GLOBO.

ADVERTENCIA.

Nuestros habituales lectores saben ya que en varias ocasiones nos hemos visto precisados a retirar el grabado, porque el excesivo número de ejemplares que algunos días piden los correspondientes de provincias y solicitan los vendedores de Madrid, nos obligan a retirar las formas de las máquinas especiales de grabado, y a entrarlas en otras de doble reacción. Todavía la industria no ha resuelto el problema de que una máquina de imprimir publicaciones ilustradas dé en un corto espacio de tiempo el mismo número de ejemplares que otra máquina de imprimir periódicos sin grabados; pero la administración de El Globo satisface ordinariamente la demanda de su venta y suscripción, aunque con grandes dificultades, sacrificando, a la velocidad posible en la tirada, el esmero de las operaciones que requiere el grabado, y haciendo que la máquina en que se tira la piza de este y la de anuncios funcione desde las dos de la madrugada hasta las siete, ocho y nueve de la noche, hora de salida de los últimos correos. Con todo, días hay en que, por causas imposibles de evitar, no podemos remitir a provincias todos los ejemplares pedidos.

Si esto nos sucede frecuentemente con la tirada ordinaria de El Globo, hoy nos ocurre con mayor motivo por la suspensión temporal de nuestro querido colega El Imparcial, cuyos correspondientes de provincias y vendedores de Madrid acuden a esta Administración en demanda de ejemplares de El Globo, que no hemos satisficido totalmente por absoluta imposibilidad material. Contra nuestra voluntad, e ínterin no se publique tan apreciable y reputado diario compañero nuestro, suspendemos la inserción de nuestro grabado, única manera de corresponder a las numerosas reclamaciones del público que favorece con su confianza a uno y otro periódico.

SUMARIO.

Los nihilistas, por Emilio Castelar.—Efecto previsto.—Revista extranjera.—Ecos políticos.—Boletín electoral.—Noticias (Madrid, Provincias).—Telegramas.—Oaseta. Revista de toros.—Novedades teatrales (concerto en Apolo).—Noticias de espectáculos.—Anuncios.

LOS NIHILISTAS.

La tentativa de asesinato contra la persona del czar ha suscitado de nuevo la curiosidad general y la ha convertido hacia esa extraña secta propia del misterio y diluido imperio moscovita. Ante estos crímenes, frustrados perauádesse el masiego a reconocer por enseñanzas incontestables la ineficacia del mal para el bien. Un no prevalece la maldad, ó da prevaler, consigue fines contrarios a los que intenta. La providencia mide el resultado conforme a la intención. Y no quiere dar a malos intentos prosperos faes. El que asesinó a Enrique III por su tolerancia con los hugonotes, no pudo impedir el reinado de Enrique IV, autor ilustre del tolerantísimo Edicto de Nantes. El que asesinó a César, por fundador del imperio, no pudo asesinar a su heredero Augusto. Nosotros hemos visto a reyes y emperadores, señalados por el destino con esas marcas de la reprobación, salvados de los asesinatos para perderse en las revoluciones. Dios no quiso que unos cayesen al empuje de la máquina infernal; otros al estallido de las bombas de Orsini, otros al puñal de fanático sacerdote; se reservó el mismo herido con esas tempestades misteriosas y providenciales, llamadas revoluciones, quizás para que fueran viva enseñanza y ejemplo en el destruímento y en el destierro a los desaparecidos poderosos de como sucumben cuantos pugnan con el espíritu del siglo y contrastan las corrientes del progreso. El puñal de un asesino jamás abrió los manantiales purísimos de libertad en que se abrevan los pueblos oprimidos; necesitase para eso la vara milagrosa é inerte de un Moisés que bendeciera por el Dios de la justicia y del derecho, bien de las penas y fecundizara los desiertos. La idea difundida desde las bases a las cimas de la sociedad como la estia primavera desde la raíz a las copas de los árboles; el aurum corda que pronuncian los labios sedientos de justicia; el exaltador sublime que impulsa los deseos a volar por el inmenso luminoso ether de esos cielos espirituales donde brillan como soles, tantos pensamientos; la obra santísima de la redención universal que debe derribar en el polvo los ídolos y romper en mil pedruzcos las cadenas; esta poema, en el cual vemos mártires que han sabido morir y no matar, redentores que han ahogado a los despotas, no asesinados, sino ofreciendo en holocausto la sangre de sus venas para curar a la tierra de sus manchas; todo este conjunto de grandezas, nada tiene que ver con el crimen, y nada puede esperar de los criminales, porque dejaría de ser la condonación progresiva de la conciencia humana sobre la tierra, y la aproximación misteriosa a la verdad, y al bien perfectos, a los eternos arquetipos, en el cielo. Reprobemos el crimen, sea cualquiera su móvil; maldigamos al criminal, sea cualquiera su nombre ó su causa; que, sembrando semilla de males en los caminos de los humanos progresos, no puede recogerse y cosecharse la verdad y el bien.

Pero el despotismo, que es el mal por excelencia, engendra el mal por necesidad. En todas las cortes de los despotas brota el asesinato como una sombra proyectada por sus tenebrosas coronas. Elevaos con el pensamiento a la fundación del imperio romano, y decid si es aquel pueblo de gentes ébrias en el circo, de pretorianos sangrientos, de conjurados y criminales, el pueblo enaltecido por las austeras virtudes república-

nas. Todos los primeros Césares mueren violentamente; Tiberio, ahogado en su lecho bajo el peso de sus almohadas, que le lanzan a la cabeza sus propios domésticos; Calígula traspasado por la espada de sus pretorianos; Nerón constreñido a matarse por huir de la muerte que le preparaban sus guardias; Galba a manos de sus gentes; Oton al filo de su propio puñal después de la victoria de Vitelio en el campo de Baticco; Vespasiano, arrastrado al Tiber como una carretada de inundaciones. Y lo mismo sucede en la historia del imperio ruso. Los límites de un artículo no consentían las largas disertaciones históricas. Si las consintieran, ciertamente no habría cosa tan fácil como probar que en Nougorod, Moscú, Petersburgo, como en la Roma y en la Constantinopla imperiales, corta el crimen las dificultades que no puede desatar el derecho. Sin ningún orden cronológico, al azar, invocando los surgidos casualmente en la memoria, aparecen innumerables nombres en tropel a demostrar una tesis elevada por esta serie de ejemplos a la categoría de verdadero axioma. El príncipe Alejo ó Alexis, primogénito de Pedro I, sufre un proceso semejante al proceso del príncipe César. Primogénito de Felipe II, y muere de sus resultas, herido por un ataque apopléjico. Andrés I, cae en el patio de su palacio de Bagouibouf, traspasado por las lanzas y espadas de sus guardias. Ana, madre de claros emperadores, muere en oscuros calabozos. El cadáver de Fedor II, especie de ferocísimo Maebhet, asesina al joven Demetrio, de cuyo asesinato proviene aquellos falsos Demetrios, autores y víctimas de tantos horribos crímenes; bien es verdad que cierto destino nefasto parece unido a este nombre legendario, pues ya, a principios del siglo décimo-cuarto, otro Demetrio feneció asesinado por los señores feudales de Rusia. Su antecesor Youri, que había subido al trono por un asesinato, cae asesinado del trono. Igor es asesinado en una emboscada y huido en dos, como dicen las historias bizantinas. Ivan IV, que reinara desde la cuna, encuentra enemigos hasta en el trono, y feneció apuñalado por un partido, a cuya cabeza se encuentra su propia mujer, la emperatriz Isabel; caso parecido al tristísimo del infeliz Pedro III. Milail II acaba por una sentencia de muerte, ejecutada entre los tártaros. Otropied, después de haber sido adorado como un dios, es perseguido, acosado, muerto como un perro. ¡A qué catalogar! Desde Valdimiro el Grande, fundador en Nougorod de las bases sobre las cuales el imperio moscovita se levanta, y que asesina a su hermano, hasta Alejandro I, propagador de la grandeza y de la autoridad rusa en Europa, y que recibe la corona de una conjuración de reprobidad, los cesares rusos parecen como una serie de espectros, con el cetro de hierro siempre en las manos y la guadaña de la muerte siempre sobre la frente, triste y necesario aditamento a sus nefastas diademas. Semejantes al verdugo, matan con la frialdad de las leyes, sin poder muchas veces remediar este horrible ministerio, impuesto por su adverso destino, y mueren tristemente en el odio universal. Y a ningún ser en la historia pudo aplicarse, como a ellos, aquella piedad suprema reclamada por el primer poeta de nuestro siglo en versos inmortales, pues la tiranía habrá podido oprimir a los tiranizados, pero ha destruído y perdido en todo tiempo a los tiranos.

Lo que resulta de todos estos tristes ejemplos rasos verdaderamente, es la multitud de las instituciones absolutistas para la educación progresiva del género humano. Los que creen posible educar a un pueblo por el despotismo, siempre lo llaman ilustrado, engáñase tristemente. En la ceguera política a que los estavos se hallan reducidos, pierdesen primero la medida de la distancia entre lo ideal y lo real. Todos estos siervos de los grandes imperios sueñan apocalípticamente con clichés poemas de conquista militar, de apostolado religioso, de reforma social. A sus ojos, los ros de sombras, aparece el czar, con su corona y su vara, un cetro y su sable, montado en caballo ligero como el viento, seguido de la gineceas que piden como los cervos la manzana, señor de tierras inacabables y de imperios inmensos, continente y ministro del cielo, como uno de esos seres fantásticos, cuyo antejo diácono arbitrariamente, no ya de las fuerzas sociales, sino también de las fuerzas ciegas que sirven a la naturaleza, y hasta de las fuerzas mágicas que obran el milagro sobrenatural, y por consecuencia piden a una realización de las esperanzas mas irrealizables, como los ídolos a sus ídolos.

De esta concepción fantástica de la sociedad, inspirada por las terribles grandezas del poder absoluto, hacen precisamente dos partidos extremos; el tradicional, compuesto de los panstavistas, que piden al czar la dominación del mundo por Rusia, y el revolucionario, compuesto de los nihilistas, que piden a Rusia la quina entera, no ya del czar, del Estado, y la difusión por toda la tierra de un socialismo demoleedor y anárquico. En el fondo, los dos partidos son uno solo y mismo partido: que la demagogia roja y la demagogia blanca se confunden y se identifican allí en igual abismo, como entre nosotros se confunden é identifican los dos extremos de los partidos españoles y concurren por sendas cuestas a una misma causa y obtienen el mismo resultado. Los panstavistas dan a Rusia un misterio religioso, imperial, ortodoxo, como los católicos de la Edad Media al emperador ó al Papa, y los nihilistas dan a Rusia un ministerio innovador, propagandista, revolucionario como los jacobinos de principio del siglo a los vencedores Bonapartes: los panstavistas quieren y esperan ver a Rusia entrando en Constantinopla a derrocar la media Luna de Osmán que mancha las cúpulas de Santa Sofía, y en Jerusalén a poner guarnición griega y rito griego por el sepulcro de Cristo, y en Persia y en la Luna a destruir al este imperio inglés como aquel imperio musulmán, y en Roma a hacer del Papa de los latinos un vicario del patriarca de los helenos, y en Berlín y en Londres y en París a convertir los reyes y los pueblos occidentales en feudatarios del Norte; y los nihilistas quieren lo mismo y lo mismo esperan, aunque a servicio de la revolución universal, y para no dejar en las sociedades antiguas piedra sobre piedra: los panstavistas detestan la capital moderna, Petersburgo, por anti-eslava y germánica y liberal, mientras los nihilistas la detestan a su vez por militar y burocrática; aquellos quisieran volver a los tiempos anteriores a Pedro el Grande en busca de un nuevo Ivan el Terrible que sometiese la conciencia universal a su ortodoxia y el planeta a su imperio, mientras estos quisieran volver a los mismos tiempos en busca de aquellas tribus primitivas, medio asiáticas y medio patriarcales que ignoraban el tuyo y el mio, cual los pastores del siglo de oro, viviendo por virtud de la propiedad colectiva en el seno de un bárbaro comunismo; pero ambos a dos llevan la utopía por norma, lo imposible por enseña, la guerra por instrumento, y por fin la destrucción y la ruina universal.

Podría demostrarse muy bien como el partido avanzado que hoy degenera en nihilista, y el partido reaccionario, que hoy degenera en panstavista, se forman casi al mismo tiempo y se dirigen casi al mismo objeto, aunque con ideales diversos y medios radicalmente contrarios. No hay para convencerse de esto sino leer un libro que se lee con el encanto mismo con que se lee una novela ó un cuento, las memorias del brillante Hertzog, a quien los emigrados españoles conocimos en Ginebra; y cuyo recuerdo guardaré siempre en la memoria porque era para mí, imposibilitado de emprender mas extensos estudios, como el oráculo de Rusia. En el y en sus amigos observé con profusa observación la fisonomía del revolucionario moscovita, su menosprecio por las clases medias que constituyen como los núcleos de los partidos liberales y conservadores en la Europa culta; su inesperienza de la política práctica que tiende a cumplir el ideal sin violentar la realidad; su inclinación a un sistema encadenado con mucha trabazón lógica y compuesto de una larga serie de ideas puras; el vuelo de sus imaginaciones desbordadas y la impaciencia de sus deseos generosos, todo acusaba en ellos la secta, y los sectarios de la revolución, creídos de que basta llegar un día al gobierno y tener un minuto el Estado, para transformar la sociedad por un milagro de sabiduría y un impulso de omnipotencia. Y así como conocí en Ginebra, durante mi emigración forzosa, a los revolucionarios, conocí mas tarde en París, durante mi emigración voluntaria a los panstavistas. Y los observé con mayor observación todavía que en Ginebra, porque entonces comenzaba el problema de los problemas, la guerra en Oriente. Y en su exaltación por la raza eslava, en sus ideas arraigadísimas respecto de la superioridad de esta raza, en su odio fanático al Korán y a los mahometanos, en su menosprecio por el Occidente, en sus ideas épicas sobre la suerte de Rusia, en los horizontes de sus inciertos ideales vi dibujarse esos profetas que dirigen los ejércitos a las conquistas, como los ángeles exterminadores de las antiguas teogonías, invisibles a los ojos de carne y perdidos en los aires, dirigen los pueblos asiáticos en armas a las terribles matanzas. Los revolucionarios tenían sus catedráticos en los Granoukisk, sus teóricos en los Galakof, sus dialécticos en los Starzkevitchs, sus críticos en los Belinskis, sus eruditos en los Krioukofs, sus organizadores en los Bakounies, sus periodistas en los Hartzogs, que todos fundamentaron, con plena conciencia ó sin conciencia, con voluntad ó sin ella, el ideal eslavo de un municipio, donde la posesión de la tierra tuviese carácter de colectiva y común, siendo así los fundadores de esa utopía nihilista que derrama por todas partes vientos de inmediatas tempestad y gérmenes de inextinguible revolución. Los panstavistas, como si quisieran que este viento de revolución pudiese alimentar alguna llama, predicaban lo mas revolucionario en los pueblos oprimidos, la guerra. El héroe Rostopchine, que hizo de Moscú la Numancia del Norte, abrasándola en presencia de Napoleón el Grande, pasaba a ser una especie de santo en la leyenda nacional. Kamekof maldecía de la cultura germánica sobrepujada a las tradiciones moscovitas, y asociaba a todos los procuradores con los dardos de su dialéctica. Chichkof soñaba con escribir como se escribía antes de Pedro el Grande. Akakif se dejaba crecer las barbas, prohibidas por este innovador autócrata, y se oría la gorra de pieles moscovita de tal suerte arqueológica, que el pueblo mismo de Moscú lo tomaba en la calle por un persa. Los dos hermanos Kireyefskis andaban como dos aparecidos que hubieran rasgado sus sudarios, bajo las bóvedas de los pantanos y sobre las piedras de los sepulcros. Todos ellos querían restablecer el Kremlin, restaurar la Iglesia bizantina, oír los crugidos del Kaout llevando los ejércitos semi tártaros a someter la demagogia europea, habitar el artefactual como a guisa de patriarcas y guerreros a un mismo tiempo, destruir Petersburgo para sustituirla con Moscú y Muscou si era necesario para su título con alguna ciudad mas primitiva como Nougorod ó Kiev; encerrar el género humano bautizado por la inmersión ortodoxa en aquella vasta cárcel que se llama Imperio y que se extiende desde la Alemania al Polo, y desde el mar Blanco hasta el mar Pacífico. Pero querían esto por la guerra, y al querer la guerra, en realidad querían los panstavistas retrogrados, lo mismo en esencia que los revolucionarios llamados entonces occidentales y hoy nihilistas, la comunión terrible, a cuyos estremecimientos se abre el período de las transformaciones acompañadas, allí donde no hay soplo a guisa de libertad, con gran cortejo de irreparables catástrofes.

Así el autócrata por excelencia, Nicolás, se trocó en instrumento de la revolución por necesidad, desde el día y hora en que provocara las naciones occidentales a singular batalla. El clarín, que reúne las legiones guerreras, despertaba las ideas revolucionarias. Como en las Cruzadas a Jerusalén los siervos de la Edad Media se vieron a uno en el campo y en el combate iguales con sus señores, en la guerra llamada de Crimea vió el pueblo que su czar necesitaba de los hijos del pueblo para pelear y para vencer. La victoria aun militar de las consecuencias contenidas en esta revolución súbita, pero vino la derrota con todos sus desagüños a recordarla y exacerbarla, apocando el ánimo del emperador y enardeciendo el ánimo del pueblo. Entonces vieron los ojos ofuscados por las deslumbradoras apariencias de la tiranía todo el mal que en la política moscovita se encerraba. Aquel gran Imperio resultó perdido con su Iglesia burocrática, y su síndico enca-

bezado por un general de caballería, y su censura afilante, y su ejército-máquina, y su policía secreta, y su administración pretoriana, y sus oficinas semejantes a cuarteles, y su aristocracia liviana, y su plebe brutal, y su vida estancada, y sus siervos petrificados, y su gobierno que solo sabía apuñalar las almas con una ortodoxia bizantina sustentada por el clero blanco y el clero negro al igual ignorante y enflaquecer los cuerpos con aquel aguardiente propiciado por el gran monarca, por el gran pontífice, por el gran estancadero, por el autócrata de todas las Rusias, adorado hasta entonces como omnipotente, y roto y vencido cual el último y el mas débil de todos los mortales. Entonces Nicolás se acabó con su sistema, y el grito de emancipación de los siervos subió desde las ergástulas del campo a las alturas del trono, surgiendo necesariamente una nueva Rusia. El siervo pasó a manuscrito, el municipio se emancipó con el siervo, el jurado entró en los tribunales, y hasta cierta representación provincial inspiró la fundada esperanza de ver pronto mas amplias y mas liberales Asambleas.

Pero aquí se detuvo el progreso, y comenzaron por onde aspiraciones mayores que antes, las cuales fueron, sino reprimidas con igual fuerza, contrastadas con tenaz resistencia. Y en este intervalo cumplíase las mas nobles aspiraciones del liberalismo europeo. Nuevos pueblos surgían a la libertad en las orillas del Danubio; la Hungría, ahogada en sangre por Nicolás, resucitaba; la Italia, lenida por una expresión geográfica, entraba en el uso de las nacionalidades independientes; vencían los alemanes, inspirados por las ideas del 48, a Austria del concordato; y mientras el trono temporal de los pontífices se desplomaba sobre las ruinas de Roma, la tierra de las tradiciones y de los recuerdos, España, entraba en el período tempestuoso de la revolución radical y la tierra unitaria y cesarista, Francia, en el período glorioso de su libre y democrática República. Naturalmente, el eslavo oprimido se despertaba y se erguía a cada uno de estos ejemplos, buscando con anhelo impaciente, el rayo de luz y el soplo de aire que le tocaba en las renovaciones de la vida europea y en la reurrección inesperada de tantos y tan gloriosos difuntos. Y como no encontraba ninguna satisfacción a sus anhelos, ningún lenitivo a sus dolores, ningún resquicio a su esperanza, resolvió las nobles aspiraciones a la libertad en una negación tremenda cuya gravedad se encierra toda entera en ego terrible, pero expresivo, nombre de nihilismo. Yo he visto a los nihilistas en los congresos de la revolución europea; exaltados como los profetas en los desiertos áspicagos; felices por haber conseguido a su sangre todo el calor de sus almas; agitados como los que se convierten en chapas eléctricas y atraviesan en corrientes misteriosas todos sus nervios; dogmáticos cual los pontífices; revolucionarios como los jacobinos; sin idea alguna de libertad y sin sentimientos de justicia ni nociones de derecho, pidiendo una inquisición asea para quemar a cuantos creyeran en Dios, clamando por la ruina de todos los Estados en la igualdad comunista y por la aglomeración todos los hombres como rebaños en la propiedad colectiva; y he visto estas enardecidas de su corazon y de su inteligencia, no a ellos, enloquecidos en la servidumbre, sino al despotismo, que engendra esas monstruosidades, como engendra las inieblas esas pobres avus nocturnas, incapaces de resistir en sus recitativas pupilas el claror de la luz.

No hay que equivocarse ahora. Si el nihilismo ha crecido tanto, débese con especialidad a la guerra de Bulgaria, como se debió el primer movimiento de emancipación de los siervos a la guerra de Crimea. Lo reaccionario, que han soplado en la trampa épica de la historia moscovita; y han evocado los tártaros y los coasos a guisa de aquellos magos de Atila que evocaban a las brujas; y han puesto empeño en desquitar de una batalla concluida hace mas de cinco siglos; y han hablado de ir a Constantinopla para entonar el Te Deum griego en la tierra donde escurió aquel último emperador bizantino, cuyos borceguiles de púrpura brillaban entre la sangre como los arrobados del sol entre las nubes del ocaso; y han movido todos los sentimientos de una raza, móvil hasta el exceso, resultan los únicos responsables de esta sobrecitación universal, en la que puede fácilmente consumirse un grande imperio. Han emancipado pueblos, han reunido asambleas, han puesto guardias al pé de la tribuna donde se proclamaba la soberanía inmanente de los pueblos y el derecho natural de los hombres, y exigen que los manuales de bálgars, y serbios, y montenegrinos, y bosnacios se reduzcan, y se resignen a llevar la marca de una esclavitud eterna y a vivir bajo el peso de una vergonzosa tutela. No puede ser. Si el imperio hubiera llamado a la libertad, por lo menos una clase social, en esa clase encontraría algún auxiliar ó algún amigo, pero teniendo a todos en servidumbre igual, no debe extrañarse que la desesperación sugiera la demencia y la demencia lleve al nihilismo, como sucedía en aquellos imperios asiáticos donde los esclavos monodaban su propio calabozo y morían abrasados por las llamas, con tal de incendiar el santuario de los adversos dioses y el palacio de los aborrecidos tiranos.

Emilio CASTELAR.

EFFECTO PREVISTO.

El Manifiesto dado por el directorio de los partidos coligados con motivo de las próximas elecciones municipales, ha levantado gran polverada en el campo ministerial. A causa de la festividad del día solamente tres periódicos, órganos de la situación, no publicaron ayer; pero los tres ocupan el lugar preferente de sus columnas con el joiro de ese notable documento, contra el cual agotan las frases mas duras y las censuras mas seras que el repertorio liberal-conservador han podido hallar. El caso estaba previsto. Desde que el Manifiesto se anunció, los ataques a los partidos coligados comenzaron con viveza, y sin ser conocido aun su contenido, solo por lo que se sospechaba se tocó a rebato por los periódicos que van siempre delante del partido liberal-conservador. Por aquí puede calcularse el efecto que la lectura del Manifiesto les habrá causado.